

de mi confianza para determinarme á que nos casemos, ¿qué haríais de este secreto cuando yo fuese vuestra esposa? ¿No bastaría por sí solo para hacer nuestra dicha imposible? Me resigno á creer que vuestros amores parisinos sólo fueron locura propia de un joven. ¿Pensáis acaso que me procuraron ideas ventajosas de vuestro corazón y que me sea indiferente ver un carácter tan frívolo? Creedme, Federico—añadió tomando la mano al joven, vos amaréis un día, cuando este día sea llegado, si os acordáis de mí, acaso tengáis alguna estima por la que se atrevió á hablaros como os habló. Entonces sabréis lo que es el amor.

Y al proferir estas palabras se levantó y salió. Había visto la turbación de Federico y el efecto que su discurso le produjo, dejándole lleno de tristeza. El pobre muchacho era demasiado inexperto para suponer que en una declaración tan formal pudiera haber la menor coquetería. Ignoraba los móviles extraños que á veces gobiernan los actos de las mujeres y no sabía que la que realmente quiere decir que no, se limita á decirlo, y que la que se explica es porque quiere que la convenzan.

De todos modos esta conversación produjo en él un efecto desastroso. En vez de buscar los recursos para convencer á la señorita Darcy, evitó hablar con ella á solas algunos días. Demasiado altiva para arrepentirse, ella dejó que

se alejara en silencio. Buscó á su padre y le habló de la necesidad de hacer una transacción. Cuanto al matrimonio, la señorita Darcy fué quien se encargó de hablar en primer término; no se atrevió á oponerse resueltamente, temiendo incurrir en las iras de su familia, pero solicitó tiempo para reflexionar y consiguió que la dejaran en sosiego.

Durante un año, Federico dispuso su regreso á París; acrecentaron un poco su pensión y abandonó el pueblo con mayor tristeza que al encontrarlo. El recuerdo de su última entrevista con la señorita Darcy le perseguía como un presagio funesto, y mientras la diligencia le llevaba lejos de su país, se decía para su capote: «Ya sabréis lo qué es el amor.»

## IV

Esta vez no se alojó en el barrio latino; tenía que hacer en el Palacio de Justicia y alquiló una habitación cerca del muelle de las Flores. Apenas había llegado cuando recibió la visita de su amigo Gerardo. Este, durante la ausencia de Federico, heredó cuantiosos intereses. La muerte de un tío suyo le enriqueció: tenía un piso en la Calzada de Antín, un carruaje y caballos; además sostenía á una linda señorita; visitaba á muchas jóvenes, se jugaba en su casa todo el día y alguna vez toda la noche; recorría

los bailes, los espectáculos, los paseos, en una palabra, de estudiante modesto convirtiéndose en joven á la moda.

Sin abandonar sus estudios, Federico se dejó arrastrar por el torbellino que á su amigo circundaba. Aprendió muy luego á menospreciar sus placeres de antaño, aquellos de la Cabaña. Aquel no era teatro digno de la juventud dorada. La sociedad en otras partes es peor que la de allí, pero nada importa; la costumbre todo lo justifica, y es más noble divertirse en casa de Musard, con la canalla, que en el Boulevard Nuevo con las personas decentes. Gerardo llevó á su amigo por doquiera. Este resistía cuanto podía, pero acababa por dejarse llevar. Relacionóse con una sociedad para él desconocida, vió de cerca las actrices y las bailarinas; el contacto con estas divinidades produce efecto indecible en un provincial. Trabó amistad con jugadores, con gentes que hablaban sonriendo de cuatro mil pesetas que perdieran la vispera; acontecióle pasar la noche con ellos, y el día llegado, los vió, al cabo de doce horas empleadas en beber y en manejar las cartas, preguntarse cuáles serían los placeres de su jornada. Invitáronle á esos banquetes en que cada circunstancia tiene á su lado una mujer para su uso particular, á la cual no dirige la palabra y á la que se lleva al salir como se cogen el propio bastón y el sombrero. En una palabra, re-

unióse en todos los placeres de la vida ligera y exenta de tristezas que sólo viven algunos privilegiados, quienes por el deleite semejan pertenecer á la raza humana.

Así le fué de perlas al principio, desechando el mal humor de Besançon. En realidad, con semejante género de vida no hay medio ni siquiera de vivir preocupado: una de dos, hay que divertirse ó retirarse. Pero Federico se perjudicó más todavía porque perdió la reflexión y los ordenados hábitos que constituyen la suprema salvaguardia. No tenía dinero para jugar mucho tiempo, y jugó; quiso su sino malo que comenzase por ganar, y con lo que ganó tuvo de qué perder. Le vestía un sastre viejo de Besançon que hacía muchos años era el de toda su familia. Federico le escribió que no quería ya sus trajes y buscó un sastre á la moda. Pronto le faltó el tiempo para cumplir sus deberes: ¿cómo había de quedarle con individuos que en su afanoso no hacer nada no tenían tiempo ni para leer un periódico? Hacía paradas en el Boulevard, comía en el café, iba al bosque, tenía hermosos trajes y oro en su gaveta. No le faltaba más que un caballo y una querida para ser un *dandy* cumplido.

Es verdad, y no es poco decir que en los pasados tiempos un hombre no era tal ni vivía realmente sino con la condición de poseer tres cosas: un caballo, una mujer y una espada. Nues-

tro siglo prosáico y pusilánime suprimió por de pronto de estos tres amigos el más noble, el más seguro, el más inseparable de todo hombre de corazón. Hoy ya nadie lleva espada; más ¡ay! pocos hombres tienen caballo y hay quien se enorgullece de vivir sin mujer amada.

Un día en que Federico tenía deudas urgentes que pagar, se vió precisado á hacer algunas visitas á sus compañeros de placer, que no dieron ningún resultado. Por fin, pudo lograr tres mil francos mediante un pagaré. Cuando tuvo el dinero en el bolsillo, sintiéndose alegre y en calma después de la agitación que le dominara, dió una vuelta por el boulevard antes de volver á su casa, y al pasar por la esquina de la calle de la Paz para volver á las Tullerías, una mujer que iba del brazo con un hombre, se echó á reír al verle; aquella mujer era Bernereta. Federico se detuvo y se quedó mirándola; ella también volvió varias veces la cabeza y, Federico, sin saber por qué, cambió de camino y se metió en el café de Paris.

Se había paseado una hora y se disponía á almorzar, cuando Bernereta pasó de nuevo. Estaba sola, se dirigió á ella y la preguntó si quería almorzar con él. La joven aceptó y siguieron del brazo, pero le rogó que la llevase á otro establecimiento menos visible.

—Vamos al *cabaret*—dijo la joven regocijada,  
—no me gusta comer en la calle,

Se metieron en un coche y, como antaño, se habían dado ya mil besos antes de pedirse nuevas.

La entrevista fué gozosa; los recuerdos amargos se habían borrado. Bernereta se quejaba, sin embargo, de que Federico no hubiera ido á verla, pero él se limitó á contestarla que debía saber la causa. Bernereta leyó al punto en los ojos de su amante y comprendió que lo más prudente era callar. Sentado á la lumbre, como en los primeros días de sus amores, sólo pensaron en disfrutar libremente del feliz encuentro que debían á la casualidad. El vino de Champaña animó la alegría de la pareja y con él vinieron las ternuras propias que sugiere este licor de los poetas que los delicados menosprecian. Después de comer fueron al teatro, y á las once, Federico preguntó á Bernereta dónde quería que la llevase. Al pronto no contestaba, entre temerosa y avergonzada; luego, rodeando con un brazo el cuello del joven, le dijo al oído tímidamente:

—A tu casa.

Federico se sorprendió algo al verla libre.

—¿Aun cuando no lo fuera—repuso Bernereta,—¿no crees que yo te quiero? Pero lo soy

—añadió al instante al ver que Federico dudaba.

—La persona que me acompañaba ha poco, acaso te haya dado que pensar; ¿la viste bien?

—No, sólo te miré á tí.

—Es un buen muchacho; mercader de novedades y bastante rico: quiere casarse conmigo.

—¿Casarse, dices? ¿De verdad?

—De verdad; yo no le he engañado, sabe toda la historia de mi vida, pero está enamorado de mí. Conoce á mi madre y hace un mes que le pidió mi mano. Mi madre nada quería decir de mí; hasta quiso pegarme cuando supo que yo se lo había contado. Quiere que yo me encargue de la caja; bonita colocación, porque gana anualmente hasta quince mil francos; desgraciadamente la cosa es imposible.

—¿Porqué? ¿Hay algún obstáculo que lo impida?

—Ya te lo contaré; por de pronto vámonos á tu casa.

—No; quiero antes que me hables con franqueza.

—¿Es que quieres burlarte de mí? Estimo y aprecio á ese chico: es el mejor hombre del mundo, pero está muy gordo.

—¿Muy gordo? ¡Qué locura!

—Tú no le has visto; es gordo y rechoncho; en cambio tú tienes una cintura muy linda.

—¿Y qué tal cara tiene?

—Regular; tiene una buena cualidad; parece bueno y lo es en realidad. Yo le estoy agradecidísima, no podría decir hasta qué punto, y de haber querido, hasta sin casarnos me hubiera hecho algún beneficio. Por nada del mundo

quisiera disgustarle, y si en mi mano estuviera hacerle un favor, se lo haría de todo corazón.

—Cásate con él, si es cierto lo que dices.

—Está muy grueso, es imposible. Vamos á tu casa y hablaremos.

Federico se dejó llevar, y cuando se despertó al día siguiente había olvidado sus contrariedades y los hermosos ojos de la señorita Darcy.

## V

Acabado el almuerzo se separaron. Bernereta no quiso que Federico la acompañara; éste guardó el dinero que le prestaron decidido á pagar sus deudas, pero no se apresuró á pagarlas. Días después, Federico estuvo cenando en casa de Gerardo y no se separaron hasta el alba. Cuando salía, aquel le detuvo.

—¿Qué vas á hacer? Es ya muy tarde para acostarse; vamos á almorzar al campo.

La gira quedó arreglada y Gerardo mandó que avisaran á su querida á fin de que estuviese presta.

—Es lástima—siguió—que tú no tengas nadie que te acompañe. Así la alegría sería mayor.

—Eso tiene buen remedio—contestó Federico,—cediendo á un impulso de amor propio; voy, si me lo permites, á escribir unas letras que tu *groom* llevará aquí cerca. Aunque es muy temprano, Bernereta vendrá, estoy seguro de ello.

—Admirable. ¿Y quién es esa Bernereta? ¿Es acaso la griseta de antaño?

—Precisamente, aquella que te hacia darme buenos consejos.

—¿De veras?—dijo Gerardo echándose á reir; —pero acaso tuviera yo razón cuando te los daba, porque tú tienes un carácter constante, muy peligroso con esas señoritas.

En esto entró su querida; Bernereta no se hizo esperar mucho y llegó muy emperregilada. Enviaron por un coche, y á pesar de que el tiempo era bastante desapacible, encamináronse á Montmorency. El cielo estaba diáfano, el sol resplandecía, los jóvenes fumaban y las mujeres cantaban: el carruaje habia andado una legua y ya eran amigas.

Pasearon á caballo, galopando por el bosque; Federico sentía palpitar su corazón; nunca se habia encontrado tan á gusto; Bernereta estaba á su lado y el galán contemplaba orgulloso la impresión que en Gerardo producía el rostro encantador de la joven sofocada con la carrera. Después de una dilatada vuelta por el bosque detuviéronse en un pequeño promontorio donde habia una casita y un molino. La molinera les sirvió una botella de vino blanco y todos se sentaron bajo el arbolado.

—Debiéramos haber traído pasteles—dijo Gerardo;—cuando se cabalga, la digestión es rápida y el apetito frecuente: así hubiéramos toma-

do un pisco sobre el césped antes de tomar de nuevo el camino de la posada.

Bernereta sacó del bolsillo un pastel que habia comprado al pasar por San Dionisio y se lo ofreció tan gentilmente á Gerardo, que éste le besó la mano para darla gracias.

—Hagamos otra cosa: en vez de volver al lugar, comamos aquí. Esta buena mujer tendrá acaso un cuarto de carnero en su casita; además, estos pollos, asados, no estarán malos; y mientras preparan el almuerzo daremos una vuelta por el bosque. ¿Qué les parece á ustedes? Lo que nos sirvan, bien valdrá las perdices rancias del *Caballo blanco*.

La proposición fué aceptada. La molinera quería excusarse, pero deslumbrada por una moneda de oro que le dió Gerardo, puso manos á la obra sacrificando su corral. Jamás se celebró comida más alegre. Dilatóse por más tiempo que ninguno de los convidados pensara; pronto el sol desapareció tras las hermosas colinas de Saint Louis; espesas nubes cubrieron el valle y un fuerte aguacero cayó sobre la tierra.

—¿Qué vamos á hacer ahora?—dijo Gerardo. —Para llegar á Montmorency tenemos que andar cerca de dos leguas, y ésta no es nube de verano de las que pronto se disipan: es una lluvia de invierno; tenemos agua para toda la noche.

—¿Por qué razón?—dijo Bernereta;—una llu-

via de invierno pasa como cualquiera otra. Jugamos á la baraja para distraernos, y cuando salga la luna, el tiempo será bueno.

La molinera, como supondrá el lector, no tenía ninguna baraja, por consiguiente no había medio de jugar. Cecilia, la amiga de Gerardo, notaba la falta de la posada y se echó á temblar por su traje nuevo. Fué necesario poner á cubierto los caballos bajo un cobertizo. Dos buenos mozos de mala catadura entraron en la habitación: eran los hijos de la molinera, quienes pidieron de cenar y se mostraron poco satisfechos al tropezar con gente extraña. Gerardo se impacientaba; Federico no estaba de buen talante. Nada tan triste como una persona que acaba de reír cuando un contratempo imprevisto viene á dar al traste con su alegría. Sólo Bernereta conservó incólume la suya, sin al parecer preocuparse de nada.

—Como no tenemos baraja, voy á proponeros un juego. Aun cuando estamos en Noviembre procuremos, por el pronto, encontrar una mosca.

—¿Una mosca?—dijo Gerardo,—¿qué váis á hacer con ella?

—Busquémosla, y veremos luego.

Al cabo de un rato dieron con la mosca. El pobre animalillo estaba adormecido por la proximidad del invierno. Bernereta la cogió con mucho cuidado y la colocó en medio de la mesa.

Luego ordenó á todo el mundo que se sentara.

—Ahora—dijo—cojamos un pedacito de azúcar y que cada cual lo ponga á su lado. Pongamos una moneda en un platillo, que será la fortuna. Nadie hable ni se mueva; dejad que la mosca despierte; ya empieza á revolotear, y se colocará en uno de los pedazos de azúcar; luego lo dejará para ponerse en otro y volver al primero conforme á su capricho. Cada vez que un terrón de azúcar la haya atraído, la persona á quien pertenezca cogerá una moneda, y así, hasta que el platillo esté vacío, para empezar de nuevo.

La ingeniosa idea de Bernereta hizo renovar la alegría en los concurrentes. Siguiéronse sus instrucciones. Dos ó tres moscas surgieron; y cada cual, en medio de un silencio religioso, las seguía con la vista, mientras los animalillos daban vueltas sobre la mesa. Cuando se colocaban en algún terrón, la carcajada era general. Así transcurrió una hora, y ya la lluvia había acabado.

—Me apestan las mujeres tristonas—dijo Gerardo á su amigo cuando regresaban;—menester es confesar que la alegría es un gran bien y acaso el primero de todos, puesto que con él los demás no se echan de menos. Tu griseta halló medio hábil de trocar en regocijo una hora de fastidio, y esto me procura de ella más aventajada idea que si hubiera compuesto un

poema épico. ¿Durarán mucho tiempo vuestros amores?

—No sé—contestó Federico simulando igual despreocupación que su compañero;—si es que te gusta, puedes hacerla el amor.

—Tú no eres franco, porque la quieres y ella te quiere á ti.

—Sí, por capricho, como antaño.

—Ten cuidado con esos caprichos.

—Seguidnos—gritó en esto Bernereta, que galopaba delante con Cecilia.

Detuviéronse en un llano y la cabalgata hizo alto. La luna surgía lentamente de entre los oscuros peñascos, y á medida que ascendía en el horizonte parecían las nubes huir ante ella. Bajo el llano extendíase un valle donde el viento agitaba sordamente un mar verdoso y sombrío; la vista nada distinguía; á seis leguas de París cualquiera hubiera podido creerse ante un barranco de la Selva Negra. De pronto el astro surgió del horizonte; un inmenso rayo de luz se deslizó por las copas de los árboles, apoderándose en un instante del espacio; los altos arbolados, las copas de los castaños, los espacios desnudos, las sendas y las colinas destacáronse á lo lejos como por encanto. Los expedicionarios contempláronse admirados y contentos al verse.

—Vamos, Bernereta—dijo Federico,—cántanos algo.

—¿Triste ó alegre?—preguntó.

Como te plazca. Una canción de caza. Acaso el eco la conteste.

Bernereta se echó el velo atrás y entonó el estribillo de unos couplets, pero se detuvo de pronto. La estrella de Venus, que brillaba en la montaña, hirió de pronto sus ojos, y como encantada por un sentimiento más idílico, cantó unos versos muy lindos que Federico había compuesto.

Mientras Bernereta cantaba, la luna teñía su semblante de encantadora palidez. Cecilia y Gerardo la felicitaron por la frescura y precisión de su voz, y Federico la abrazó tiernamente.

Volvieron á la posada y allí cenaron. A los postres, Gerardo, cuya cabeza se había templado algo, gracias á una botella de Madera, se puso tan cariñoso y galante que Cecilia le buscó camorra; disputaron bastante malhumorados, y cuando Cecilia se levantó de la mesa, Gerardo la siguió de mal talante. Luego que Federico se quedó solo con Bernereta, preguntóla si se había engañado sobre la causa de la pendencia.

—No—contestó;—esas cosas no son la poesía precisamente, y todo el mundo las comprende.

—Pues bien, ¿qué piensas tú del caso? Ese joven siente inclinación hacia ti; su querida le fastidia, y para hacer que la abandone, sólo tendrías que pronunciar una sola palabra.

—¿Qué tenemos que ver con eso? ¿Tienes celos?

—Por el contrario; y bien sabes que ningún derecho tengo para ello.

—Explicáte, ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que ni mi fortuna ni mis quehaceres me permiten ser tu amante. La noticia no es nueva, ni yo te engañé nunca en este respecto. Si yo quisiera echarlas de grande contigo, me arruinaría sin hacerte dichosa. Mi pensión apenas me basta para vivir, y será menester además que dentro de poco regrese á Besançon. En este punto, ya lo ves, no puedo ser más explícito, aun cuando lo sea de mala gana; pero hay ciertas cosas acerca de las cuales yo no puedo explicarme; tú eres quien debe reflexionar y pensar en el porvenir.

—Es decir, que me aconsejas que haga el amor á tu amigo.

—No; él es quien te lo hace á tí. Gerardo es rico y yo no lo soy; vive en París, en el hervidero de todos los placeres, y yo no puedo ser más que un simple abogado de provincia. Tú le gustas mucho y acaso esta circunstancia sea una dicha para tí.

A pesar de su tranquilidad aparente, Federico se sentía conmovido. Bernereta guardó silencio y se puso en la ventana: lloraba, esforzándose por ocultar sus lágrimas. Federico lo advirtió y se acercó á ella.

—Dejadme—le dijo.—No os dignaríais sentir celos por mí, lo concibo, y por ello sufro sin lamentarme; pero además me habláis con extrema dureza; me tratáis cual si fuese una mujer cualquiera y me amargáis la vida sin razón.

Todos habían convenido en pasar la noche en la posada para volver á París al siguiente día. Bernereta se quitó el pañuelo con que cubría el cuello, y al par que enjugaba sus lágrimas lo sujetó en la cabeza de su amante. Apoyándose luego en uno de sus hombros, le arrastró dulcemente hacia la alcoba.

—¡Ah, perverso!—le dijo abrazándole,—no hay medio humano de que me quieras.

Federico la estrechó en sus brazos. Pensó en lo que le aguardaba si cedía á un impulso de ternura, y cuanto más tentado estaba de entregarse á ella, desconfiaba más de sí mismo. Presto se hallaba á declarar que la amaba; tan peligrosas palabras expiraban al punto en los labios, pero Bernereta las sentía en el corazón y ambos se durmieron contentos, el uno por no haber dicho nada y la otra por haberlo comprendido todo.

## VI

Al regreso, Federico acompañó á su casa á Bernereta y la vió tan pobremente alojada, que comprendió enseguida por qué la joven no que-